

marqués Manuel d'Azeglio lanzar su sombrero al aire y prorrumpir en exclamaciones de alegría. «Jamás se hubiera creído, ha dicho lord Malmesbury, que un embajador, por más que fuera italiano, pudiera permitirse tales extravagancias.» A los pocos días, el marqués, lleno de confianza todavía, exponía á lord Pálmerston el plan de un reino de Italia compuesto de la Lombardía, el Véneto, las Romañas y los Ducados. El primer ministro se limitó á contestar: «El asunto está en saber si Francia querrá constituir á su lado una segunda Prusia.»

A Napoleón y Víctor Manuel, amenazados por Alemania, no se les había ocurrido ni por un momento contar con el apoyo armado de Inglaterra. ¿Podían contar al menos con su apoyo moral? Tampoco. Una vez terminada la lucha, las demostraciones italianas debían ser tumultuosas en Londres; mas durante la guerra, como antes de ella, no se levantó una sola voz en la Gran Bretaña para pedir la abolición de los tratados de 1815, cuyo mantenimiento pedían la reina, el príncipe Alberto, y los whigs lo mismo que los torys. Nadie pensaba que ondeara el pabellón inglés en el Adriático para ayudar á la liberación de Venecia.

Napoleón III, demasiado inclinado á creer en las disposiciones amistosas de Inglaterra, se figuró que le ayudaría, ya que no á continuar la guerra, por lo menos á hacer la paz. Confió en que su antiguo amigo lord Pálmerston le prestaría su auxilio y procuraría sacarle de una situación que cada día se hacía más crítica. Hizo que su embajador el conde de Persigny explorara el terreno, y éste le indicó, sólo como sugestión personal, un proyecto de arreglo que confería la Lombardía al Piamonte y creaba en favor de un archiduque un reino separado que comprendía el Véneto y el ducado de Módena. «Estas combinaciones, le dijo lord Pálmerston, desagradarán á entrambas partes. Los austriacos no cederán el Véneto que todavía ocupan. Los italianos esperan la libertad completa de su país y no creerán haberla conseguido mientras reine un archiduque en Venecia y en Módena.» En suma, que se disipó pronto la esperanza de la mediación inglesa.

Lord Pálmerston, antes gran admirador de Napoleón III, había llegado á sentir contra él las desconfianzas de Alemania y á hablar desdeñosamente de su política. «Su cabeza, decía, es como una conejera, en la que se renuevan las ideas tan de continuo como los conejos.» A las gestiones del conde de Persigny respondía en tono que no tenía nada de benévolo: «Si al emperador le parece la guerra demasiado larga y la tarea en extremo ruda, que haga sus proposiciones personales, formales, al emperador de Austria y no nos pida que asumamos la responsabilidad de sus sugestiones.» Iba á seguirse este consejo más pronto de lo que el estadista inglés hubiera creído. Viendo Napoleón que no podía esperar nada de Londres, resolvió dirigirse directamente al emperador de Austria y hacer bruscamente la paz cuando todo el mundo creía en la continuación de la guerra. Le gustaban las cosas imprevistas así como los efectos teatrales.

LVII

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA GUERRA

Napoleón III conocía el antiguo adagio: *Si vis pacem, para bellum*. «Si quieres la paz, apercíbete para la guerra.» En el mismo momento en que deseaba una solución pacífica, cuidaba de ocultar á todo el mundo el fondo de su pensamiento y hacía con más actividad que nunca sus aprestos bélicos. Lejos de disminuir sus efectivos, los aumentaba. Su ejército se reforzaba diariamente en el Mincio. Además del cuerpo del príncipe Napoleón que acababa de reunirse, se aguardaba una división de Francia. El ministro de la Guerra había transmitido el 1.º de julio una orden al efecto al mariscal Castellane, el cual designó la división del general Hughes para destacarse del ejército de Lyon y juntarse en Brescia con el ejército de Italia, con el encargo de cubrir los desfiladeros de los Alpes, sirviendo de reserva á Garibaldi y á Cialdini.

El ejército aliado estaba convencido de que iba á acometer de frente el formidable cuadrilátero que, formado por las cuatro ciudades de Peschiera, Mantua, Verona y Legnago, constituye una de las posiciones estratégicas más fuertes del mundo entero. Se había iniciado ya el sitio de Peschiera, situada junto al Mincio, en el punto en que este río sale del lago de Garda á veinticuatro kilómetros de Verona. El asedio era completo en la orilla izquierda y se empezaba en la derecha el trabajo de la línea de contravalación.

El emperador pasaba los días visitando los puntos más avanzados ocupados por sus tropas y vigilando los trabajos que los artilleros é ingenieros ejecutaban en el Mincio. Por todas partes se le veía informándose por sí mismo de los menores detalles. Durante toda la campaña mostró una igualdad de humor inalterable, suma benevolencia para los jefes del ejército é incesante solicitud por la suerte de los oficiales y de los soldados. Soportando muy bien la fatiga, daba á todos buen ejemplo. Su amabilidad y cortesía inspiraban cariño y respeto. Pero la situación sanitaria no dejaba de disgustarle. A principios de julio había veinticinco mil enfermos en los hospitales ó enfermerías. Habíase trasladado á Génova gran número de prisioneros austriacos y Napoleón mandó que se les tratara con toda consideración y que se anticipara dinero á los oficiales que lo necesitaban. El sentimiento que le causaban las calamidades de la guerra y su deseo de atenuarlas se hacía patente en todas ocasiones. Como un enviado del emperador de Austria se presentara á reclamar los restos mortales del príncipe de Wui-

dischgraetz, muerto gloriosamente en Solferino, le recibió con la mayor benevolencia y le encargó que diera las gracias al emperador Francisco José por el buen trato que dispensaba á los prisioneros franceses.

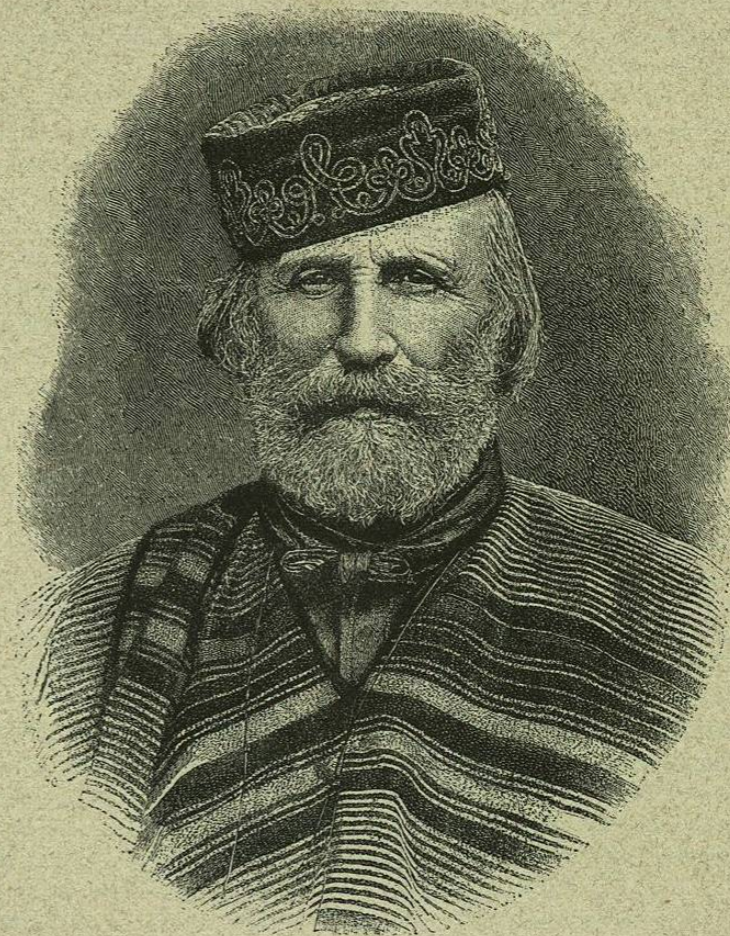
Pero todavía no se creía que los sentimientos humanitarios de Napoleón le hicieran dejar las armas mientras no ejecutara por completo su programa: la Italia libre desde los Alpes hasta el Adriático. Véase que se acercaba el momento en que, según todas las previsiones, se atacaría á Austria por mar y por tierra á la vez, y los marinos creían que ellos también iban á desempeñar un gran papel. En el Adriático, una escuadra de bloqueo, compuesta de seis navíos de línea, dos fragatas de hélice, dos corbetas y varios transportes, estaba á las órdenes del vicealmirante Romain-Desfossés, y desde el 1.º de junio el contraalmirante Jurién de la Gravière bloqueaba á Venecia con cuatro barcos. El emperador había resuelto además que á la escuadra de bloqueo se agregase otra de sitio, cuyo mando se confió al contraalmirante Bouet-Willameuz y la cual se componía de tres baterías flotantes y de veintiuna cañoneras.

Napoleón había designado como base de operaciones de la escuadra la isla de Lossini, cuyo puerto en el Adriático es un excelente abrigo para los buques. Esta isla, situada á veinte leguas de Venecia, en el extremo del archipiélago de Quarnero, es casi el punto central entre Venecia, Trieste, Pola, Fiume y Zara, que son los principales establecimientos marítimos en el Adriático. El 3 de julio, la escuadra francesa mandada por el vicealmirante Romain-Desfossés ocupaba la isla de Lossini, sin que los austriacos opusieran resistencia.

La escuadra, llena de ardor y confianza en sí misma, creía que iba á forzar los canales de Venecia, á penetrar en las lagunas y á apoderarse de los fuertes que defienden la ciudad. De las tres entradas principales que dan acceso á la ciudad de los dux por el lado del mar, el Lido, Malamacco y Chioggia, esta última estaba designada ya como punto de ataque. El general Wimpfer, nombrado general de división después de la batalla de Magenta, había sido designado para mandar un cuerpo de todas las armas destinado á practicar un desembarco en las costas del Adriático. Llegado á Rímini por Liorna y Florencia, se había puesto inmediatamente en relación con la escuadra, que sólo aguardaba una señal para comenzar el ataque. Los venecianos partidarios de Víctor Manuel estaban llenos de júbilo y de esperanza.

Todo parecía preparado para una acción general y decisiva. El tren de batir destinado á las operaciones contra el cuadrilátero se completaba. El 3 de julio las primeras piezas estaban en Pozzolongo: al mismo tiempo el ferrocarril transportaba hasta Desenzano lanchas cañoneras desmontadas que debían contribuir al sitio de Peschiera.

En resumen, las combinaciones dispuestas por el emperador para atacar el Véneto eran las siguientes: 1.ª, por el ala izquierda amenazar la derecha austriaca y molestar la línea del alto Adigio con las operaciones de Garibaldi y del ge-



JOSÉ GARIBALDI

Jefe del partido republicano en Italia

neral Cialdini en las montañas; 2.ª, por el ala derecha hacer que la escuadra se apoderase de Venecia y desembarcar allí un fuerte destacamento que, bajo la protección del fuerte de Malghera y de los buques franceses, pudiera hacer incursiones sobre la línea de retirada del ejército austriaco; 3.ª, en el centro, con Peschiera por punto de apoyo y la intervención de trescientas piezas de sitio, comenzar el asedio de Verona.

El día 6 de julio, todos los comandantes en jefe de los cuerpos de ejército, así como los de artillería y de ingenieros, recibieron del emperador una orden de movimiento precisa y detallada. Todo estaba previsto minuciosamente. Jamás cumplió el monarca con mayor celo y conciencia su cometido de general en jefe. La orden de movimiento, fechada en Valeggio, comenzaba así: «El sitio de Peschiera es una operación á la que atribuyo gran interés; pero es obvio que no podemos emprenderla con seguridad sino después de haber rechazado un ataque de los austriacos. Según los informes que recibo, es muy probable que mañana nos ataque por el frente y por el flanco el ejército salido de Verona y además otro llegado del alto Adigio. Ya esta mañana los austriacos han ocupado á Pastrengo. Es, pues, conveniente que mañana al rayar el día las tropas tomen posición.» El emperador indicaba en seguida el puesto asignado á cada cuerpo de ejército. La orden de movimiento terminaba así: «No se llevará ningún bagaje. Se llenarán las cantimploras de agua mezclada con aguardiente, y se dejará un batallón para guardar los campamentos. Los soldados llevarán sus morrales, en los cuales no pondrán más que galleta y cartuchos. Todos dejarán sus capotes en el campamento y no llevarán más que chaqueta. Cuando se descubra al enemigo, se romperá el fuego de cañón. Las líneas de la infantería estarán situadas, cuando el terreno lo permita, alternativamente en batallones desplegados y en batallones en columnas dobles. No se hará fuego graneado inútil, y mientras los batallones desplegados lo hagan por filas, los demás tocarán paso de ataque y acometerán al enemigo á la bayoneta.»

Parecía segura é inminente una gran batalla.

LVIII

EL ARMISTICIO

El 6 de julio Napoleón había practicado un largo reconocimiento en las alturas de Somma Compagna. Oigamos al general Fleury, que acompañaba al monarca: «Hacía un calor horrible; el emperador parecía caviloso, preocupado. La atmósfera estaba pesada, y todo hacía presagiar grandes dificultades para los prolongados sitios que nos aguardaban..... Apenas llegamos á Valeggio y nos apeamos del caballo, cuando el mariscal Vaillant, jefe de Estado mayor general, me mandó llamar. — Trátase de desempeñar una misión delicada y se necesita un hombre de iniciativa para ella, me dijo. El emperador os envía á Verona, estad dispuesto á partir dentro de diez minutos, preparad el carruaje é id á ver á S. M., que os aguarda.»

Al punto encargó el general una silla de posta, un postillón á caballo que la guiara, y un trompeta de guías que daría el toque de parlamento al llegar á las avanzadas. Luego, subiendo á la habitación del emperador, que estaba con el rey Víctor Manuel, les dijo que estaba pronto á marchar. Napoleón le dijo entonces: «Aquí tenéis una carta que vais á llevar al emperador de Austria..... En ella apelo á sus sentimientos humanitarios y le propongo que se suspendan las hostilidades para dar tiempo á la diplomacia de negociar las condiciones de la paz.» Y añadió: «Necesito que el embajador sea amable é inteligente. Por eso os he escogido.»

El general Fleury tenía todas las condiciones necesarias para desempeñar el cometido que se le confiaba. Cortés, simpático, dotado de tacto, nacido para la diplomacia tanto como para la carrera de las armas, era cortesano en la mejor acepción de la palabra. Agradó á todos los soberanos á quienes trató. Personalmente, habría ganado algo en la continuación de la guerra; pero comprendía su peligro como lo comprendían los hombres que estaban al corriente de la situación diplomática, y sabía muy bien que si Napoleón III continuaba una lucha con Austria sostenida por toda la Alemania, se exponía, en caso de derrota, á perder la corona. El general deseaba, pues, ardientemente el buen éxito de su misión. Conocemos los detalles por las cartas que escribió á su mujer.

Partió el 6 de julio de Valeggio á las siete de la noche, acompañado de su ayudante de campo, M. de Verdière, en un carruaje de la posta imperial. En la trasera iban un lacayo y un trompeta de guías que llevaba una bandera de par-

lamento. Luego que hubo traspuesto las grandes guardias francesas, le escoltaron algunos soldados de infantería austriacos, y después varios uhlanos. A los pocos momentos, el carruaje pasaba por el puente levadizo de Verona y entraba en la ciudad, en cuyas calles alumbradas por el gas había paisanos y oficiales, maravillados todos de ver pasar un coche con las armas del emperador de los franceses. Al llegar al palacio en que residía Francisco José, el general fué recibido cortésmente por el feldmariscal de Hesse y el conde de Grünne, primer ayudante de campo y caballerizo mayor del soberano. El emperador, que estaba ya acostado, le envió á decir que iba á levantarse y que le recibiría al poco rato. Y en efecto, al cuarto de hora, se presentaba Francisco José.

La carta de Napoleón III, escrita en términos elevados y cabalerescos, era muy á propósito para agradar al joven monarca, quien después de leerla dijo: «Querido general, me traéis aquí una cosa muy grave, por lo cual no puedo contestaros en seguida; necesito pensarlo; tened la bondad de aguardar hasta mañana por la mañana á las ocho.» El general contestó: «Estoy á las órdenes de V. M.» Luego pidió permiso para exponer las consideraciones que militaban en favor del armisticio y concluyó así: «Cualquiera que sea la decisión de V. M., me permitirá decir cuán urgente es que la respuesta sea pronta cuando sepa lo que tal vez ignore, esto es, que la escuadra francesa ocupa en este momento la isla de Lossini, y que á la primera señal empezarán los ataques en el litoral del Véneto. Un cuerpo expedicionario de cuatro mil hombres mandado por el general Wimpffen se ha reunido ya con el almirante Romain-Desfossés.»

«En efecto, contestó el emperador, acabo de recibir la noticia de la ocupación de la isla de Lossini por las tropas francesas. Pero no he recibido nada oficial de las cortes, y necesito reflexionar. Mañana por la mañana os daré mi contestación.»

En rigor, Francisco José corría menos riesgo en continuar la guerra que Napoleón, porque aunque resultara completamente vencido, el soberano de una monarquía tan antigua como Austria no estaba expuesto á perder su trono, al paso que el emperador de los franceses, jefe de una dinastía reciente, necesitaba para sostenerse ser siempre afortunado. Si Francisco José se decidió por la paz, fué sin duda á causa de la repulsión que le inspiraba la política del gabinete de Berlín. Conocía por una parte que, para lograr buen resultado, le era indispensable el apoyo de Prusia, y por otra parte le habría disgustado deber algo á aquella potencia rival, cuya codicia temía. Todo cuanto podía aumentar la influencia y favorecer la ambición de los Hohenzollern despertaba la desconfianza instintiva del jefe de la casa de Hapsburgo.

Añádase á esto que lo mismo que á Napoleón III había impresionado vivamente al monarca austriaco el aspecto lamentable de los campos de batalla, y que su carácter, esencialmente humano y generoso, le hacía desear ardentemente el fin de tantas calamidades.

Y cosa curiosa de observar: la guerra, que acababa de hacer correr torrentes

de sangre, no había creado entre los dos soberanos ninguna animosidad personal, y aun en lo más recio de la lucha no habían pronunciado una sola palabra amarga el uno contra el otro.

El general Fleury se preguntaba con ansiedad cuál sería la respuesta que le daría el emperador Francisco al día siguiente. Objeto de las atenciones del mariscal de Hesse y de los oficiales del cuarto militar, pasó la noche en el cuarto del conde de Grünne, que éste le cedió cortésmente. A las cinco de la mañana entró en él el príncipe Ricardo de Metternich, hijo del ilustre canciller. El príncipe tenía entonces treinta años; muy apreciado del emperador austriaco, servía de medianero entre él y el ministro de Negocios extranjeros. Había pertenecido á la embajada de Austria en París, y durante aquel tiempo estuvo en relaciones amistosas con el general Fleury. «Si, como espero, le dijo éste, la paz sale del armisticio, no deseo más que una cosa, y es veros embajador en Francia.» El deseo debía realizarse.

A las ocho de la mañana, Francisco José llamó al enviado de Napoleón III y le leyó su contestación, llena de nobleza y dignidad. Aceptaba el armisticio y rogaba al emperador de los franceses que designara sitio en donde pudieran discutirse las condiciones de paz. Después de cerrar la carta, expresó el deseo de que se avisara inmediatamente á la escuadra francesa la suspensión de hostilidades que iba á ratificarse. El general Fleury, que había recibido de antemano la autorización necesaria de Napoleón, accedió en el acto al deseo del emperador austriaco, y en la misma mesa de éste escribió al almirante Romain-Desfossés que tenía que darle contraorden. Esta carta, enviada inmediatamente á Venecia al gobernador general del Véneto, fué entregada el mismo día al contraalmirante Jurién de la Gravière, que cruzaba por las aguas venecianas, y transmitida al almirante Romain-Desfossés, que se quedó admirado de recibirla al día siguiente, en el mismo momento en que se proponía zarpar de la isla de Lossini y atacar á Venecia con la escuadra entera.

Dejemos la palabra al general Fleury: «La actitud y modo de ser del emperador de Austria me han cautivado. Sabiendo cuán adicto soy al emperador, ha entrado en detalles íntimos, preguntándome por su salud, por sus costumbres, y todo con una deferencia que me ha complacido mucho. En seguida hemos hablado largamente de la batalla, y luego me he despedido de él. A los pocos momentos, uno de los ayudantes de campo ha venido á decirme que S. M., sabedor de que me acompañaba mi ayudante de campo, deseaba verle, y Verdière tuvo el honor de ser presentado á él.» El general Fleury, muy lisonjeado con esta atención y conservando á Francisco José un recuerdo de respeto y de gratitud, regresó á Valeggio, no ya como parlamentario, sino como mensajero de su soberano, con los cristales de su carruaje echados, las cortinillas levantadas y los uhlanos constituyendo una escolta de honor. En la aldea de Santa Lucía brindó con un general austriaco por la próxima paz y por la gloria de las dos naciones. A las once de la mañana llegaba á las avanzadas francesas.

Todas las tropas estaban sobre las armas desde el amanecer. A las cuatro de la mañana, Napoleón había recorrido con su Estado mayor las diferentes líneas para dirigirse á la izquierda del segundo cuerpo mandado por el mariscal Canrobert, el cual ocupaba el espacio comprendido entre Valeggio y las colinas de Venturelli. Luego, vigilando la ejecución de las órdenes que había dado la víspera, recorrió todas las crestas guarnecidas por los diferentes cuerpos de ejército.

Ni el 4 de junio, día de la batalla de Magenta, ni el 24, día de la de Solferino, habían sospechado las tropas que se trabaría una lucha general. En cambio el 8 de julio todos creían que iba á reñirse una gran batalla. Nadie suponía la misión pacífica del general Fleury, y cuando éste regresaba de Verona á las once y media de la mañana, las tropas no podían explicarse por qué no habían chocado aún con el enemigo.

El general Fleury cuenta de este modo su llegada al cuartel general de Napoleón en Valeggio: «Se me aguardaba con viva impaciencia, de suerte que cuando dije: «Buenas noticias» y me llevé la mano al bolsillo para sacar la carta de que era portador, vi cuánto complacía al emperador la certeza de obtener una respuesta. Por más que recobró su calma habitual después de esta primera emoción que no había podido dominar, sorprendí en sus facciones, como un fulgor, la impresión de un gran alivio y de verdadera satisfacción. Le entregué la carta del emperador de Austria, que leyó con afán, y le referí todas las peripecias de mi misión. Bueno y afectuoso como siempre, me dió las gracias elogiándome del modo más lisonjero.»

A eso de la una, el ejército recibió con gran sorpresa la orden de abandonar sus posiciones de combate y volver á sus acantonamientos.

La aldea de Villafranca, situada á la mitad del camino entre Valeggio y Verona, fué la indicada como el punto en que se verían los delegados encargados de estipular las condiciones del armisticio. Eran, por Austria, el feldmariscal barón de Hess, jefe de Estado mayor del ejército austriaco, y el general conde de Mensdorff-Pouilly; por Francia, el mariscal Vaillant, mayor general del ejército francés, y el general de Martimprey, y por Cerdeña, el teniente general conde della Rocca, primer ayudante de campo del rey Víctor Manuel, y el mayor general del ejército sardo.

Los delegados se reunieron en Villafranca el 8 de julio y estipularon las condiciones del armisticio. El artículo 1.º del convenio establecía la suspensión de hostilidades. En el 2.º se disponía que esta suspensión duraría sin denuncia hasta el 15 de agosto, y por consiguiente que se romperían de nuevo las hostilidades sin previo aviso el 16 de agosto al mediodía. Los trabajos de ataque y de defensa de Peschiera quedarían en el mismo estado en que se encontraban actualmente. El convenio indicaba las líneas de demarcación que los ejércitos debían observar estrictamente. Las hostilidades cesarían inmediatamente, así por tierra como por mar, y los buques mercantes, sin distinción de bandera, podrían circular libremente por el Adriático.

El convenio, firmado el 8 de julio por los delegados de las tres potencias, fué ratificado aquel mismo día por los tres soberanos.

Al día siguiente Napoleón III anunciaba á las tropas el armisticio en esta orden del día fechada en su cuartel imperial de Valeggio:

«Soldados:

»El 8 de julio se ha pactado una suspensión de hostilidades, que durará hasta el 15 de agosto próximo, entre las partes beligerantes. Esta tregua os permitirá descansar de vuestros gloriosos trabajos, y cobrar, si es preciso, nueva fuerza para continuar la obra que tan brillantemente habéis inaugurado con vuestro valor y abnegación. Regreso á París y dejo el mando interino de mi ejército al mariscal Vaillant, mayor general; pero tan luego como suene la hora de los combates, me veréis en medio de vosotros para compartir vuestros peligros.»

En el *Moniteur* de París se leía lo siguiente: «No se debe formar concepto equivocado sobre el alcance de la suspensión de hostilidades convenida entre el emperador de los franceses y el de Austria. Sólo es cuestión de una tregua entre los ejércitos beligerantes, que dejando el campo libre á las negociaciones, no puede hacer prever por el momento el fin de la guerra.»

El armisticio era para los franceses una sorpresa y para los piamonteses una decepción. Venecia, que había creído llegada la hora de su liberación, estaba inconsolable y el conde de Cavour furioso. Víctor Manuel, más político, disimulaba su descontento. Napoleón le dijo en Valeggio, para consolarle, que sólo se trataba de una tregua y que Austria rechazaría sin duda las proposiciones que se le hicieran. El rey reunió á sus generales en su cuartel general de Monzambano y les repitió las palabras de Napoleón. Sin embargo, Víctor Manuel no se hacía ilusiones: estaba persuadido de que el resultado de la entrevista que su poderoso aliado iba á tener con el emperador Francisco José sería una solución pacífica.